

LÍNEAS DIRECTRICES
PARA UNA COLABORACIÓN CRECIENTE
ENTRE LAS IGLESIAS EN EUROPA
Conferencia de Iglesias Europeas y
Consejo de Conferencias Episcopales
Europeas
“Gloria sea dada al Padre y al Hijo
y al Espíritu Santo”

CARTA ECUMÉNICA - 2001

Como Conferencia de Iglesias Europeas y como Consejo de Conferencias Episcopales de Europa¹¹ estamos firmemente decididos, en el espíritu del mensaje de las dos Asambleas ecuménicas europeas de Basilea (1989) y Graz (1997), a mantener y seguir desarrollando la comunión que ha crecido entre nosotros. Damos gracias a nuestro Dios Trino reconociendo que Él, a través de su Espíritu, guía nuestros pasos hacia una comunión cada vez más intensa.

Ya se han acreditado múltiples formas de colaboración ecuménica. Sin embargo, en fidelidad a la oración de Cristo: “Que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21), no podemos quedarnos parados en la situación actual. Conscientes de nuestra culpa y dispuestos a la conversión debemos esforzarnos en superar

las divisiones que aún existen entre nosotros para anunciar conjuntamente, de manera creíble, el mensaje del Evangelio entre los pueblos.

En la escucha común de la Palabra de Dios en la Escritura y ante el desafío de confesar nuestra fe común y de actuar conjuntamente, conforme a la verdad reconocida, queremos dar testimonio del amor y de la esperanza para todos los hombres

En nuestro continente europeo, desde el Atlántico hasta los Urales, desde el Cabo Norte al Mediterráneo, marcado hoy más que nunca por una cultura plural, queremos comprometernos desde el Evangelio en favor de la dignidad de la persona humana como imagen de Dios y, como Iglesias, colaborar conjuntamente en la reconciliación de los pueblos y de las culturas.

En este sentido adoptamos esta Carta como compromiso común para el diálogo y la colaboración. Ella describe las tareas ecuménicas fundamentales y de ahí deduce una serie de líneas directrices y de obligaciones. La Carta debe promover, a todos los niveles de la vida eclesial, una cultura ecuménica del diálogo y de la colaboración, creando a tal efecto una norma obligatoria. Sin embargo, no tiene carácter magisterial, dogmático o canónico-legal. Su carácter obligatorio radica más bien en el compromiso mismo que asumen las Iglesias europeas y las organizaciones ecuménicas. Sobre el fundamento de este documento de base ellas pueden formular para el ámbito de su acción sus propios complementos y perspectivas comunes, que aborden de modo concreto sus desafíos particulares y las obligaciones que de ahí se desprenden.

I. NOSOTROS CREEMOS “LA IGLESIA, UNA, SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA”

“Poned vuestro empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4, 3-6).

1. *Juntamente llamados a la unidad en la fe*

Con el Evangelio de Jesucristo, tal y como está atestiguado en la Sagrada Escritura y se expresa en la confesión de fe ecuménica de Nicea-Constantinopla (381), creemos en el Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Porque con este Credo confesamos “la Iglesia una, santa, católica y apostólica”, nuestra tarea ecuménica indispensable consiste en hacer visible esta unidad, que es siempre don de Dios.

Diferencias esenciales en la fe impiden aún la unidad visible. Se trata de distintas concepciones, en especial, de la Iglesia y de su unidad, de los sacramentos y de los ministerios. No podemos conformarnos con ello. Jesucristo nos ha revelado sobre la cruz su amor y el misterio de la reconciliación; en su seguimiento queremos hacer todo lo posible para superar los problemas y los obstáculos que aún existen y separan a las Iglesias.

Nos comprometemos,

- a proseguir la exhortación apostólica de la carta a los Efesios y a esforzarnos con ahínco para una comprensión común del mensaje de salvación de Cristo en el Evangelio;
- a trabajar, bajo la fuerza del Espíritu Santo, para lograr la unidad visible de la Iglesia de Jesucristo en la única fe, que encuentra su expresión en un bautismo recíprocamente reconocido y en la comunión eucarística, así como en el testimonio común y en el servicio.

II. EN CAMINO HACIA LA COMUNIÓN VISIBLE DE LAS IGLESIAS EN EUROPA

“Todos conocerán que sois discípulos míos en esto: si tenéis caridad entre vosotros” (Jn 13, 35).

2. *Anunciar juntos el Evangelio*

La tarea más importante de las Iglesias en Europa es anunciar juntos el Evangelio con palabra y obras para la sal-

vacación de todos los hombres. A la vista de múltiples formas de desorientación, a causa de la pérdida de valores cristianos, pero también a la vista de las variadas formas de búsqueda de sentido, las cristianas y los cristianos están especialmente urgidos a testimoniar su fe. Esto reclama un compromiso acrecido y un intercambio de experiencias en la catequesis y en la pastoral en las comunidades locales. Del mismo modo es importante que todo el pueblo de Dios sea solidariamente transmisor del Evangelio en la sociedad y que lo haga valer mediante su compromiso social y la asunción de responsabilidad política.

Nos comprometemos,

- a hablar de nuestras iniciativas de evangelización con las otras Iglesias, a ponernos de acuerdo en ello y evitar así tanto una competencia dañina como el peligro de nuevas divisiones;
- a reconocer que cualquier persona puede elegir su propia pertenencia religiosa y eclesial, en la libre decisión de su conciencia. Nadie puede ser movido a conversión bajo presión moral o por incentivos materiales; del mismo modo a nadie se le puede impedir una conversión según su libre decisión.

3. Ir los unos al encuentro de los otros

En el Espíritu del Evangelio debemos revisar conjuntamente la historia de las Iglesias cristianas, que está marcada por muchas buenas experiencias, pero también por divisiones, hostilidades e incluso por conflictos bélicos. La culpa humana, la falta de amor y el frecuente mal uso de la fe y de las Iglesias por intereses políticos han dañado gravemente la credibilidad del testimonio cristiano.

Por eso, para los cristianos, el ecumenismo comienza con la renovación de los corazones y la disponibilidad para la penitencia y la conversión. La reconciliación ha crecido ya en el seno del movimiento ecuménico.

Es importante reconocer los dones espirituales de las distintas tradiciones cristianas, aprender del otro y dejarse

agraciar los unos de los otros. El desarrollo ulterior del ecumenismo requiere de manera especial la integración de las experiencias y expectativas de la juventud, impulsando su participación según sus propias fuerzas.

Nos comprometemos,

- a superar nuestra autosuficiencia y erradicar los prejuicios, a buscar el encuentro de unos con otros y a estar ahí los unos en favor de los otros;
- a favorecer la apertura ecuménica y la colaboración en la educación cristiana, en la formación teológica inicial y especializada, así como en la investigación.

4. Actuar unánimes

El ecumenismo se realiza ya en numerosas formas de acción común. Muchos cristianos de distintas Iglesias viven y actúan juntos en relación de amistad, de vecindad, en el trabajo y en sus familias. Los matrimonios mixtos deben ser apoyados de manera especial para vivir este ecumenismo en lo cotidiano.

Recomendamos la organización y el sostenimiento de grupos ecuménicos de colaboración bilaterales y multilaterales en el nivel local, regional, nacional e internacional. A nivel europeo es necesario reforzar la colaboración entre la Conferencia de Iglesias Europeas y el Consejo de Conferencias Episcopales Europeas y llevar a cabo otras asambleas ecuménicas europeas.

En casos de conflicto entre las Iglesias deben ser iniciados o apoyados los esfuerzos de mediación y de paz.

Nos comprometemos

- a actuar conjuntamente en todos los niveles de la vida eclesial, allí donde están dados los presupuestos para ello y no existen razones de fe o de mayor conveniencia que lo impidan;
- a defender los derechos de las minorías y ayudar a desmontar, en nuestros países, aquellas incompre-

siones y prejuicios entre las Iglesias mayoritarias y minoritarias.

5. Rezar con los otros

El ecumenismo se nutre de la escucha común de la Palabra de Dios, dejando que el Espíritu actúe en nosotros y a través de nosotros. En virtud de la gracia así recibida se dan hoy numerosos intentos para profundizar, mediante oraciones y celebraciones, la comunión espiritual entre las Iglesias y orar por la unidad visible de la Iglesia de Cristo. Un signo especialmente doloroso de división entre las numerosas Iglesias cristianas es la ausencia de comunión eucarística.

En algunas Iglesias persisten reservas ante la oración ecuménica común. Con todo, las celebraciones ecuménicas, los cánticos comunes y las oraciones, especialmente el Padre Nuestro, marcan fuertemente nuestra espiritualidad cristiana.

Nos comprometemos

- a rezar los unos por los otros y por la unidad cristiana; a aprender a valorar y conocer las diversas formas de vida espiritual de las otras Iglesias;
- a tender hacia la meta de la comunión eucarística.

6. Proseguir el diálogo

Nuestra pertenencia mutua, fundada en Cristo, es de singular importancia frente a nuestras distintas posiciones teológicas y éticas. Se da una pluralidad que es don y enriquecimiento, pero se dan también oposiciones en la doctrina, en las cuestiones éticas y en las disposiciones canónicas que han conducido también a rupturas entre las Iglesias. A menudo han jugado un papel decisivo las circunstancias históricas concretas y los diferentes rasgos culturales.

Para profundizar en la comunión ecuménica hay que proseguir necesariamente los esfuerzos para alcanzar un

consenso en la fe. Sin unidad en la fe no puede haber plena comunión eclesial. No hay ninguna alternativa al diálogo.

Nos comprometemos

- a proseguir consciente e intensamente el diálogo entre nuestras Iglesias a diferentes niveles, así como a examinar aquello que, en los resultados de los diálogos, puede y debe ser declarado oficialmente obligatorio;
- a buscar el intercambio y discutir esas cuestiones conjuntamente a la luz del Evangelio en casos de controversia, en particular cuando existe una amenaza de división en cuestiones de fe y de ética.

III. NUESTRA RESPONSABILIDAD COMÚN EN EUROPA

“Bienaventurados los pacificadores, porque se les llamará hijos de Dios” (Mt 5, 9)

7. Tomar parte en la construcción de Europa

En el curso de los siglos se ha desarrollado una Europa de cuño esencialmente cristiano en la religión y en la cultura. Al mismo tiempo, el fallo de los cristianos ha ocasionado mucha desgracia en Europa y más allá de sus fronteras. Reconocemos nuestra parte de responsabilidad en esta culpa y pedimos perdón a Dios y a los hombres.

Nuestra fe nos ayuda a aprender del pasado y a comprometernos para que la fe cristiana y el amor al prójimo irradian esperanza en materia de moral y de ética, en la formación y en la cultura, en la política y en la economía, en Europa y en el mundo entero.

Las Iglesias promueven la unidad del continente europeo. Sin valores comunes no se puede conseguir una unidad duradera. Estamos convencidos de que la herencia espiritual del cristianismo representa una fuerza inspiradora para el enriquecimiento de Europa. Sobre el fundamento de nuestra fe cristiana nos comprometemos por una Europa humana y

social, en la que se hagan valer los derechos humanos y los valores fundamentales de la paz, de la justicia, de la libertad, de la tolerancia, de la participación y de la solidaridad. Insistimos en el respeto a la vida, el valor del matrimonio y la familia, la opción preferencial por los pobres, la disponibilidad para el perdón y, en todo ello, la misericordia.

Como Iglesias y como comunidades internacionales debemos afrontar el peligro de que Europa se desarrolle en un Oeste integrado y un Este desintegrado. También hay que tomar en consideración el desequilibrio Norte-Sur. Al mismo tiempo, hay que evitar el eurocentrismo y se debe reforzar la responsabilidad de Europa para con la humanidad entera, especialmente para con los pobres en el mundo entero.

Nos comprometemos

- a entendernos mutuamente acerca de los contenidos y metas de nuestra responsabilidad social y a sostener de forma conjunta, en la medida de lo posible, los objetivos y las perspectivas de las Iglesias frente a las instituciones seculares europeas;
- a defender los valores fundamentales contra todos los ataques;
- a oponernos a todo intento de instrumentalizar la religión y la Iglesia con fines étnicos o nacionalistas.

8. Reconciliar los pueblos y las culturas

Contemplamos como una riqueza de Europa la diversidad de las tradiciones regionales, culturales y religiosas. A la vista de numerosos conflictos es tarea de las Iglesias asumir conjuntamente el servicio de la reconciliación de los pueblos y de las culturas. Sabemos que para ello la paz entre las Iglesias constituye igualmente un importante presupuesto.

Nuestros esfuerzos comunes se dirigen al enjuiciamiento y a la solución de cuestiones políticas y sociales en el espíritu del Evangelio. Precisamente porque valoramos la persona y dignidad de cada hombre como imagen de Dios, abogamos por la igualdad absoluta de todos los seres humanos.

Como Iglesias queremos promover conjuntamente el proceso de democratización en Europa. Nos comprometemos en favor de un orden de paz fundado en soluciones no violentas de los conflictos. Condenamos toda forma de violencia contra los seres humanos, especialmente contra las mujeres y los niños.

Forma parte de la reconciliación la promoción de la justicia social dentro de un pueblo y entre todos los pueblos, sobre todo superando el foso entre pobreza y riqueza y el problema del paro. Juntos queremos contribuir para que emigrantes, refugiados y quienes solicitan asilo sean acogidos dignamente en Europa.

Nos comprometemos

- a oponernos a toda forma de nacionalismo que conduzca a la opresión de otros pueblos y de las minorías nacionales y a abogar por soluciones no violentas;
- a mejorar y a reforzar la condición de la mujer y su igualdad de derechos en todos los ámbitos de la vida, así como a promover una justa comunidad de mujeres y varones en la Iglesia y en la sociedad.

9. Conservar la creación

En nuestra fe en el amor de Dios, el Creador, reconocemos con gratitud el don de la creación, el valor y la belleza de la Naturaleza. Pero vemos con preocupación que los bienes de la tierra son expoliados sin considerar su valor propio, sin tener en cuenta su carácter limitado y sin reparar en el bienestar de las generaciones futuras.

Queremos empeñarnos de consuno en establecer condiciones de vida duraderas para la creación en su totalidad. Responsables ante Dios, debemos hacer valer y desarrollar criterios comunes para determinar lo que el hombre científica y tecnológicamente puede hacer, pero que no debe hacer desde el punto de vista ético. En todo caso, la dignidad única de cada ser humano debe conservar su prioridad frente a lo técnicamente factible.

Recomendamos la institución de una jornada ecuménica de oración por la salvaguarda de la creación en las Iglesias europeas.

Nos comprometemos

- a seguir desarrollando un estilo de vida que dé valor a una calidad de vida responsable y duradera frente a la tiranía de las presiones económicas y consumistas;
- a apoyar a las organizaciones eclesiales dedicadas al medio ambiente y a las redes ecuménicas en su responsabilidad para la conservación de la naturaleza.

10. Profundizar la comunión con el judaísmo

Una comunión muy especial nos liga con el pueblo de Israel, con el cual estableció Dios una alianza eterna. En la fe sabemos que nuestras hermanas y hermanos judíos son “amados (por Dios) en atención a sus padres, porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (Rom 11, 28-29). De ellos es “la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de los cuales también procede Cristo según la carne” (Rom 9, 4-5).

Lamentamos y condenamos toda manifestación de antisemitismo, como las explosiones de odio y las persecuciones. Por el antijudaísmo cristiano pedimos a Dios perdón y a nuestros hermanos judíos reconciliación.

Es una necesidad urgente poner de manifiesto, en la predicación y en la catequesis, en la doctrina y en la vida de nuestras Iglesias, el lazo profundo de la fe cristiana con el judaísmo y apoyar la colaboración entre judíos y cristianos.

Nos comprometemos

- a combatir toda forma de antisemitismo y antijudaísmo en la Iglesia y en la sociedad;
- a buscar e intensificar, a todos los niveles, el diálogo con nuestros hermanos judíos.

11. Cultivar las relaciones con el Islam

Los musulmanes viven en Europa desde hace siglos. En varios países europeos constituyen fuertes minorías. Ha habido y hay buenos contactos y relación de vecindad entre musulmanes y cristianos, pero también amplios y prejuicios por ambas partes debidos a experiencias dolorosas en la historia y en el pasado más reciente.

Queremos intensificar tanto el encuentro entre cristianos y musulmanes como el diálogo islamo-cristiano. Recomendamos en especial conversar sobre la fe en el único Dios y clarificar el sentido de los derechos humanos.

Nos comprometemos

- a ir al encuentro de los musulmanes con una actitud de estima;
- a trabajar con los musulmanes en objetivos comunes.

12. Encuentro con otras religiones y cosmovisiones

La pluralidad de convicciones religiosas e ideológicas y de formas de vida ha llegado a ser una característica de la cultura de Europa. Las religiones orientales y los nuevos grupos religiosos se expanden y suscitan también el interés de muchas cristianas y cristianos. También hay cada vez más personas que rechazan la fe cristiana, que adoptan frente a ella una postura de indiferencia o que siguen otras cosmovisiones.

Queremos tomar en serio las preguntas críticas que se nos plantean y esforzarnos para entrar en un debate leal. Para ello hay que discernir con qué comunidades pueden ser buscados los diálogos y los encuentros y con cuáles se impone, desde la perspectiva cristiana, una cautela.

Nos comprometemos

- a reconocer la libertad religiosa y de conciencia de las personas y de las comunidades y a garantizar que, individual y colectivamente, en privado y en público,

puedan practicar su religión y visión del mundo en el marco de la legislación vigente;

- a estar abiertos a un diálogo con todos los hombres de buena voluntad, a perseguir con ellos objetivos comunes y a darles testimonio de la fe cristiana.

Jesucristo, Señor de la Iglesia una, es nuestra esperanza más grande de reconciliación y de paz. En su Nombre queremos proseguir el camino común en Europa. Pedimos a Dios la asistencia de su Santo Espíritu.

“El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Rom 15,13) .

Como presidentes de la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK) y del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas (CCEE), recomendamos a todas las Iglesias y a las Conferencias Episcopales de Europa la aceptación de esta Carta Ecuménica como documento de base para su aplicación según cada contexto.

Con esta recomendación firmamos la *Carta Ecuménica* en el marco del Encuentro Ecuménico Europeo, en el primer domingo después de la fiesta común de Pascua del año 2001.

Estrasburgo, a 22 de abril de 2001.

METROPOLITA JÉRÉMIE¹

Presidente de la Conferencia de Iglesias Europeas

Cardenal VLK¹

Presidente del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas

¹ Pertenecen a la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK) la mayoría de las Iglesias ortodoxas, reformadas, anglicanas, libres y vetero-católicas en Europa. En el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) están agrupadas las Conferencias Episcopales católico-romanas en Europa.

UNA CARTA DESDE WITTEMBERG A LOS
CRISTIANOS DE EUROPA: “LA LUZ DE CRIS-
TO ILUMINA A TODOS. REDESCUBRIR EL
DON DE LUZ QUE EL EVANGELIO DE CRIS-
TO SIGNIFICA PARA EUROPA HOY”

Lutherstadt-Wittemberg,
18 de febrero de 2007*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo en toda Euro-
pa:

¡La gracia y la paz estén con todos vosotros!

Como representantes de las Iglesias, de las Conferen-
cias Episcopales, de movimientos y de organizaciones ecumé-
nicas, hemos llegado de 44 países a Wittemberg-Lutherstadt
(Alemania), la ciudad natal de la Reforma, un lugar impor-
tante de la tradición cristiana. Nos hemos reunido del 15 al
18 de febrero de 2007 para orar y reflexionar juntos y para
continuar el proceso de la Tercera Asamblea Ecuménica de
Europa (EEA3) que tendrá lugar en Sibiu (Rumanía) en sep-
tiembre de 2007.

* Traducción de la lengua alemana al español del Prof. Dr. Fernan-
do Rodríguez Garrapucho.

Habiendo renovado nuestro compromiso por este camino común, nos hemos dedicado a profundizar la confianza y la comprensión recíproca, viviendo, trabajando y orando juntos. Nos hemos comprometido a promover una espiritualidad que esté enraizada en el Evangelio. A través de la oración y de la acción, hemos recibido fuerzas para continuar un renovado entusiasmo ante nuestro camino europeo. Una vez más, nos hemos vuelto hacia nuestra fuente de comunión y de amor, el Dios único: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mientras iniciamos juntos la Cuaresma en las Iglesias de Oriente y de Occidente, os invitamos a todos, hermanos y hermanas, a una peregrinación de la luz. Buscamos la luz de Cristo que brilla en las tinieblas. Esta luz nos invita a reconocer nuestra oscuridad hecha de desconfianza, sospecha y enemistad, y a dejarnos reconciliar en la sagrada presencia de la Cruz de Cristo, que transforma nuestra oscuridad en la luz de la Resurrección. Con este reconocimiento, invitamos a todos los cristianos y las Iglesias de toda Europa a unirse a nosotros en la oración, en la reflexión y en el arrepentimiento, mientras nos esforzamos por conocer y vivir inspirados por el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que ofrece gracia y renovación. Estamos animados a obrar según nuestro lema: **“La luz de Cristo ilumina a todos”**. *Redescubrir el don de luz que el Evangelio de Cristo significa para Europa hoy*. En humildad y oración, exhortamos a nuestras hermanas y hermanos cristianos a abrir sus propios corazones a la luz de Jesucristo y a unirse a nuestro trabajo para llevar la justicia y la esperanza a nuestro continente. La luz de Cristo nos inspirará a todos a testimoniar los dones de la paz, de la reconciliación y de la unidad, en medio de nuestro mundo dividido.

Encontrándonos en Wittemberg-Lutherstadt hemos sido informados de los frutos de muy diversos acontecimientos que han tenido lugar a nivel regional y nacional en toda Europa, y que darán su aportación a la Asamblea de Sibiu. Hemos dado gracias a Dios por los signos de fraternidad compartida y de continuo esfuerzo por parte de tantas personas que traducen en lo concreto su vocación de testimonio, basada en el sacrificio, en las difíciles situaciones que aún existen en diversas partes de nuestro continente. Hemos sido también fortalecidos por la continua dedicación de muchas personas que se esfuerzan en buscar en nuestras comunidades la libertad y

la dignidad de los seres humanos, a fin de superar el miedo y la desesperación.

Os exhortamos a reflexionar y a orar en Cristo por todas las Iglesias y los cristianos a lo largo de esta peregrinación. Se trata, para la entera comunidad cristiana, de un modo de sentirse implicados con aquellos que irán a Sibiu. La luz de Cristo no puede ser ni disminuida ni retenida. Nuestra oración compartida expresa el deseo de que el proceso que conduce a Sibiu represente otro punto de partida para el trabajo común de los cristianos en Europa, mientras la luz de Cristo se difunde en toda Europa y en todos nosotros con renovada intensidad.

Conságranos y únenos con tu Santo Espíritu para que seamos uno en Ti, reconociendo e invocando a tu Hijo
(adaptado de una oración de Felipe Melanchton).

VIAJE APOSTÓLICO DE BENEDICTO XVI A TURQUÍA

Un viaje pastoral, ecuménico y de diálogo con el mundo islámico

1. EL SENTIDO DE LA VISITA DEL PAPA AL PATRIARCADO ECU MÉNICO DE CONSTANTINOPLA

Habla el padre Giovanni Cereti, profesor de teología ecuménica¹.

ROMA, lunes, 27 noviembre 2006. - El intercambio de visitas entre las Iglesias es un «gesto de amor». Lo explica el padre Giovanni Cereti a Zenit en esta entrevista en la que ilustra la importancia del viaje apostólico de Benedicto XVI al patriarcado ecuménico de Constantinopla, (Estambul, Turquía), que culminará el 30 de noviembre.

Don Giovanni Cereti, teólogo católico, es docente de teología ecuménica en el Instituto de Estudios Ecuménicos de Venecia, en la Pontificia Facultad Teológica Marianum de Roma y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Mater Ecclesiae –vinculado al Angelicum– de Roma.

1 Código: ZS06112710.- Fecha publicación: 2006-11-27.- Web: <http://www.zenit.org/spanish/>.

Este experto en ecumenismo recuerda que existe un modelo eclesiológico en el que ortodoxos y católicos se encuentran: la «koinonia» o comunión.

–Todos los años, el 30 de noviembre, fiesta de San Andrés, una delegación vaticana visita el patriarcado ecuménico, y el patriarcado manda una delegación a Roma para la fiesta de San Pedro, el 29 de junio. ¿Cuándo comenzaron estas visitas y cuál es la importancia que tenemos que atribuir al hecho de que sea el mismo pontífice quien cumpla con este gesto en esta ocasión?

–Cereti: En las relaciones entre los cristianos el intercambio de visitas entre las Iglesias se remonta a la época apostólica y reviste un gran sentido simbólico y espiritual como gesto de amor y comunión fraterna.

La Iglesia de Cristo es una comunión y las relaciones fraternas entre los cristianos y las Iglesias son una expresión fundamental de esta comunión que ya nos une a Dios en virtud de la común fe y el único bautismo.

Después de un largo período en que por dificultades externas estas visitas no pudieron realizarse, el Concilio Vaticano II constituyó un nuevo punto de partida y el intercambio de visitas entre Iglesias locales de Occidente y de Oriente se ha hecho muy frecuente. Entre todas estas visitas, las más significativas son justamente las que han sido realizadas entre las dos sedes más significativas de la cristiandad, por iniciativa de Pablo VI y el Patriarca Atenágoras.

Se han convertido en habituales con ocasión de las grandes fiestas de los santos patronos de la Iglesia de Roma y Constantinopla, y en algunos casos no se ha tratado sólo de delegaciones oficiales sino de visitas realizadas por sus más altos representantes. Recordemos que el Papa Pablo VI estuvo en el patriarcado de Constantinopla en 1967 y el Papa Juan Pablo II en 1979.

En esta ocasión, la visita de Benedicto XVI al patriarca de Constantinopla con ocasión de la fiesta de San Andrés constituye un signo de agradecimiento con motivo de la visita hecha por el patriarca Bartolomé al obispo de Roma con ocasión de la fiesta de los santos Pedro y Pablo en 2005.

-¿Existe un modelo común de unidad en la Iglesia reconocido por ortodoxos y católicos o todavía está por encontrarse?

-Cereti: Un modelo eclesiológico ya existe, y también se remonta a la Iglesia de la época apostólica.

Es el modelo de la «koinonia»: la Iglesia de Cristo es una «koinonia», una comunión, y vive esta comunión en las dimensiones apenas citadas: en la fe común, basada en la única revelación; en la única Sagrada Escritura, y expresada en los símbolos de fe de la Iglesia antigua; en la vida sacramental, y en particular en el bautismo, puerta de entrada a la comunión eclesial y en la Eucaristía, suprema señal visible de la comunión eclesial; y por último, la vida de caridad del conjunto del pueblo cristiano, vida de caridad que se ejercita de múltiples formas y que se realiza bajo la guía del ministerio ordenado, y en particular del episcopado, que tiene precisamente la tarea de estar al servicio de la comunión eclesial.

En este modelo de comunión concuerdan hoy católicos y ortodoxos. Una comunión así se expresa en el carácter sinodal, o en la colegialidad episcopal, pero en todos los niveles de la Iglesia con este carácter sinodal existe un «protos», un primero, presidente o moderador del sínodo o del concilio.

También en el nivel de Iglesia universal tiene que existir un ministro llamado a presidir en la caridad a la comunión de la Iglesia universal.

Los católicos creen que esta tarea le es confiada al obispo de Roma, pero también los ortodoxos reconocen que el día en que fuera restablecida la comunión entre Oriente y Occidente el obispo de Roma retomaría el primer sitio que le es reconocido según la tradición de la Iglesia antigua entre los obispos y los patriarcas.

-¿Responde el cisma del 1054 a problemas doctrinales de fe, o más bien a problemas político-culturales y al hecho de que la mentalidad de orientales y occidentales era bastante diferente?

-Cereti: La separación entre Oriente y Occidente es el fruto de una evolución en la separación de las dos partes de Europa, oriental y occidental, que tuvo lugar en el curso de muchos siglos y que llevó al crecimiento de dos culturas muy

diferentes, que se expresaron en lenguas diferentes, el griego y el latín, y que forjaron mentalidades claramente diferentes.

Ya en el primer milenio se dieron incomprendiones y períodos de interrupción de la comunión entre Roma y Oriente.

La fecha del 1054 es una fecha simbólica y la excomunión recíproca que tuvo lugar entonces debería ser borrada de la memoria de las Iglesias tal y como ha sido solicitado en la Declaración común de Roma y Constantinopla de 1965.

Desafortunadamente la separación de 1054 siguió profundizándose en los siglos siguientes, en parte a causa de las cruzadas y sobre todo de la cuarta cruzada del 1204, creando un surco profundo entre las dos Iglesias. Las dificultades de comunicación de los siglos pasados contribuyeron a que se hicieran más rígidos los prejuicios recíprocos, y al mismo tiempo el escaso conocimiento de la otra parte hizo que faltara el amor por el otro.

Con todo, la separación no ha sido nunca total, las dos Iglesias han seguido reconociéndose como tales, y en Florencia en el 1439 se llegó a restablecer la comunión mutua, un concilio que no fue comprendido por las poblaciones y que por esto no fue acogido por el pueblo cristiano.

Hoy podríamos restablecer sencillamente la comunión con la recepción aunque sea tardía de las decisiones de Florencia.

En todo caso, las razones doctrinales no justificaban la separación: durante siglos se adujo como motivo doctrinal el añadido del «Filioque» en el Credo niceno-constantinopolitano por parte de la Iglesia de Occidente, pero la Iglesia católica tiene hoy solemnemente declarado, por ejemplo con la «Dominus Jesús», que ella profesa la misma fe del símbolo niceno-constantinopolitano en su forma original, sin el «Filioque», que queda como añadido litúrgico de la Iglesia latina y que sin embargo nunca fue reconocido por las Iglesias greco-católicas.

La gran dificultad real es el reconocimiento del primado del obispo de Roma. Ahora bien, esta dificultad no afecta tanto al principio del ministerio petrino, sino más bien a la manera en que tiene lugar el ejercicio de este ministerio. Sobre esto no es imposible encontrar un acuerdo, como ya escribió el Papa Juan Pablo II en la encíclica «Ut Unum Sint».

-Se sabe que el diálogo entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas sigue avanzando. ¿Personalmente espera algún gesto importante en breve?

-Cereti: Personalmente me espero todos los días una sorpresa agradable y no está excluido que pueda acaecer en esta visita de Benedicto XVI al Patriarcado de Constantinopla: el 30 de noviembre se espera una declaración conjunta que podría señalar un progreso significativo.

El Espíritu Santo está cambiando los corazones de los cristianos, que cada vez más se reconocen como hermanos y hermanas en la única fe en Cristo más allá de todas las divisiones y que no soportan esta condición de separación en una Europa y en un mundo que se van unificando y en el que tenemos que afrontar juntos los desafíos del futuro y sobretodo el del diálogo con las otras grandes tradiciones religiosas de la humanidad.

El Señor Jesús nos llama a la plena comunión consigo y entre nosotros, y solamente unidos podemos dar testimonio al mundo de la credibilidad de la fe cristiana y de la realidad del amor de Dios que nos ha llenado el corazón con su amor, por medio del Espíritu Santo que nos ha dado (Romanos 5, 5).

2. ENCUENTRO CON LOS PERIODISTAS POCO ANTES DE INICIAR EL DESPEGUE

Aeropuerto de Roma-Fiumicino
Martes 28 de noviembre de 2006²

SALUDO DEL SANTO PADRE

Queridos amigos periodistas y camarógrafos, os saludo a todos cordialmente en este vuelo y quisiera expresaros sinceramente mi gratitud por el trabajo que realizáis. Sé que es un trabajo delicado, a menudo en condiciones difíciles; debéis informar en breve tiempo sobre cosas complejas y arduas, dar la síntesis y hacer comprensible la esencia de lo que ha acontecido y de lo que se ha dicho. Todos los acontecimientos llegan a la humanidad sólo a través de vuestra mediación;

2 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana. <http://www.vatican.va/>.

por eso prestáis un servicio de gran importancia, que os agradezco cordialmente.

Sabemos que el objetivo de este viaje es el diálogo, la fraternidad, un esfuerzo por fomentar la comprensión entre las culturas, por favorecer el encuentro de las culturas con las religiones y la reconciliación. Todos sentimos la misma responsabilidad en este momento difícil de la historia y colaboramos; y vuestro trabajo es de gran importancia. Por eso, repito una vez más, gracias.

¿Cómo afronta este viaje, uno de los más delicados en la historia de los viajes papales modernos?

Lo afronto con gran confianza y esperanza. Sé que muchas personas nos acompañan con su simpatía y con su oración. Sé que también el pueblo turco es un pueblo hospitalario, abierto, que desea la paz. Sé que Turquía, desde siempre, es un puente entre las culturas y así es también un lugar de encuentro y de diálogo. Quisiera subrayar que no se trata de un viaje político, sino pastoral; y como viaje pastoral se caracteriza por el diálogo y el compromiso común en favor de la paz. Diálogo en varias dimensiones: entre las culturas, entre Cristianismo e Islam, con nuestros hermanos cristianos, sobre todo con la Iglesia ortodoxa de Constantinopla y, en general, diálogo para una mejor comprensión entre todos. Naturalmente, no se puede esperar grandes resultados en tres días. El viaje tiene un valor simbólico; el hecho de encontrarse, con amistad y respeto, como servidores de la paz, tiene su peso. Este simbolismo del compromiso por la paz y la fraternidad debería ser el fruto de este viaje.

¿Cree que Europa puede ayudar a Turquía a integrarse, respetando las diversas identidades culturales y religiosas?

Conviene recordar que el padre de la Turquía moderna, Kemal Atatürk, tomó la Constitución francesa como modelo para la reconstrucción de Turquía. Así, desde su nacimiento, el diálogo entre la razón europea y la tradición musulmana turca está inscrito en la existencia de la Turquía moderna y, en este sentido, tenemos una responsabilidad recíproca.

En Europa se debate sobre laicidad “sana” y laicismo. Y me parece que esto es importante también para el verdadero diálogo con Turquía. El laicismo, es decir, una idea que separa

totalmente la vida pública del valor de las tradiciones, es un callejón sin salida. Debemos volver a definir el sentido de una laicidad que subraya y conserva la verdadera diferencia y autonomía entre las dos esferas, pero también su coexistencia, su responsabilidad común.

La tercera pregunta fue sobre el significado del encuentro con el Patriarca Bartolomé I.

Lo importante no son los números, la cantidad, sino el valor simbólico, histórico y espiritual. Constantinopla es como la segunda Roma. Siempre ha sido el punto de referencia de la Ortodoxia.

Aunque el Patriarca no tiene una jurisdicción como el Papa, es un punto de referencia para todo el mundo ortodoxo. Se trata de un encuentro con la Iglesia del apóstol Andrés, hermano de san Pedro, un encuentro de gran trascendencia entre las dos Iglesias hermanas de Roma y Constantinopla; por eso es un momento muy importante en la búsqueda de la unidad de los cristianos. Es un acontecimiento de comunión, no sólo de relación entre esferas geográficas y culturales. Y este simbolismo le da también gran importancia para todo el camino ecuménico.

Hay otras comunidades cristianas; nos encontraremos con todas, aunque sean pequeñas; naturalmente también con la pequeña comunidad católica.

3. DISCURSO DEL SANTO PADRE DURANTE EL ENCUENTRO CON EL PRESIDENTE DEL DEPARTAMENTO DE ASUNTOS RELIGIOSOS DE TURQUÍA

Martes 28 de noviembre de 2006³

Excelencias; señoras y señores:

Me alegra tener la oportunidad de visitar esta tierra, tan rica en historia y cultura, para admirar sus bellezas naturales, para ver con mis propios ojos la creatividad del pueblo

3 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- <http://www.vatican.va/>.

turco y para gustar vuestra antigua cultura, así como vuestra larga historia, tanto civil como religiosa.

A mi llegada a Turquía, me acogió con amabilidad el presidente de la República. Ha sido un gran honor para mí encontrar también y saludar en el aeropuerto al primer ministro, señor Erdogan. Al saludarlos, tuve el placer de expresar mi profundo respeto por todos los habitantes de esta gran nación y de rendir homenaje, en su mausoleo, al fundador de la Turquía moderna, Mustafá Kemal Atatürk.

Ahora tengo la alegría de encontrarme con usted, que es el presidente del Departamento de Asuntos religiosos. Le expreso mis sentimientos de estima, reconociendo sus grandes responsabilidades, y extendiendo mi saludo a todos los líderes religiosos de Turquía, especialmente al gran muftí de Ankara y Estambul. A través de usted, señor presidente, saludo con particular estima y afectuosa consideración a todos los musulmanes de Turquía.

Su país es muy querido por los cristianos: aquí fueron fundadas y alcanzaron su madurez muchas de las comunidades primitivas de la Iglesia, inspiradas por la predicación de los Apóstoles, en especial de san Pablo y san Juan. La tradición que ha llegado hasta nosotros afirma que María, la Madre de Jesús, vivió en Éfeso, en la casa del apóstol san Juan.

Además, en esta noble tierra se ha producido un notable florecimiento de la civilización islámica en los campos más diversos, incluidos la literatura y el arte, así como las instituciones.

Hay muchísimos monumentos cristianos y musulmanes que atestiguan el glorioso pasado de Turquía. Con razón vosotros os sentís orgullosos de ellos, conservándolos para la admiración de los visitantes, que acuden aquí en un número cada vez mayor.

Me he preparado para esta visita a Turquía con los mismos sentimientos expresados por mi predecesor el beato Juan XXIII, cuando vino aquí como arzobispo Angelo Giuseppe Roncalli para desempeñar el cargo de representante pontificio en Estambul: "Siento que quiero al pueblo turco, al que el Señor me ha mandado. (...) Amo a los turcos, aprecio las cualidades naturales de este pueblo, que también tiene su

puesto reservado en el camino de la civilización” (*Diario del alma*, 231 y 237).

También yo, por mi parte, deseo subrayar las cualidades de la población turca. Aquí hago mías las palabras de mi inmediato predecesor, el Papa Juan Pablo II, de venerada memoria, el cual dijo, durante su visita en 1979: “Me pregunto si no será urgente, precisamente hoy en que los cristianos y musulmanes han entrado en un nuevo período de la historia, reconocer y desarrollar los vínculos espirituales que nos unen, a fin de ‘defender y promover juntos la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad’” (*Homilía en la liturgia celebrada para la comunidad católica de Ankara*, 29 de noviembre de 1979, n. 3: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de diciembre de 1979, p. 8).

Esas cuestiones se han seguido presentando en los años sucesivos. En efecto, como puse de relieve al inicio mismo de mi pontificado, nos impulsan a continuar nuestro diálogo como un sincero intercambio entre amigos. Cuando tuve la alegría de encontrarme con los miembros de las comunidades musulmanas el año pasado en Colonia, con ocasión de la Jornada mundial de la juventud, reafirmé la necesidad de afrontar el diálogo interreligioso e intercultural con optimismo y esperanza. Ese diálogo no puede reducirse a algo extra u opcional; al contrario, es “una necesidad vital, de la cual depende en gran parte nuestro futuro” (*Discurso a los representantes de las comunidades musulmanas*, Colonia, 20 de agosto de 2005: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de agosto de 2005, p. 9).

Los cristianos y los musulmanes, siguiendo sus religiones respectivas, ponen de relieve la verdad del carácter sagrado y de la dignidad de la persona. Esta es la base de nuestro respeto y estima recíprocos; esta es la base para la colaboración al servicio de la paz entre las naciones y los pueblos, el deseo más íntimo de todos los creyentes y de todas las personas de buena voluntad.

A lo largo de más de cuarenta años, la enseñanza del concilio Vaticano II ha inspirado y guiado la actitud de la Santa Sede y de las Iglesias locales de todo el mundo en sus relaciones con los seguidores de las demás religiones. Siguiendo la tradición bíblica, el Concilio enseña que todo el género hu-

mano comparte un origen común y un destino común: Dios, nuestro Creador y meta de nuestra peregrinación terrena.

Los cristianos y los musulmanes pertenecen a la familia de los que creen en el único Dios y que, según sus respectivas tradiciones, hacen referencia a Abraham (cf. *Nostra aetate* 1; 3). Esta unidad humana y espiritual en nuestro origen y en nuestro destino nos impulsa a tratar de encontrar un itinerario común en nuestra búsqueda de valores fundamentales, tan característica de las personas de nuestro tiempo. Como hombres y mujeres de religión, afrontamos el desafío del generalizado anhelo de justicia, de desarrollo, de solidaridad, de libertad, de seguridad, de paz, de defensa del medio ambiente y de los recursos de la tierra. Eso es así porque también nosotros, a la vez que respetamos la legítima autonomía de las cosas temporales, tenemos que contribuir de modo específico a la búsqueda de soluciones adecuadas a esas cuestiones urgentes.

En particular, podemos dar una respuesta creíble a una cuestión que se plantea claramente en la sociedad actual, aunque a menudo se la deja de lado: la cuestión que atañe al significado y la finalidad de la vida, para cada persona y para la humanidad entera. Estamos llamados a actuar juntos para ayudar a la sociedad a abrirse a lo trascendente, reconociendo al Dios todopoderoso el puesto que le corresponde.

El mejor modo de actuar es mantener un diálogo auténtico entre cristianos y musulmanes, basado en la verdad e inspirado en un deseo sincero de conocernos mejor los unos a los otros, respetando las diferencias y reconociendo lo que tenemos en común. Eso llevará, al mismo tiempo, a un auténtico respeto por las opciones responsables que cada persona realiza, especialmente las que atañen a los valores fundamentales y a las convicciones religiosas personales.

Como ejemplo del respeto fraterno con que los cristianos y los musulmanes pueden actuar juntos, me complace citar unas palabras dirigidas por el Papa Gregorio VII, en el año 1076, a un príncipe musulmán del norte de África, que había tratado con gran benevolencia a los cristianos que estaban bajo su jurisdicción. El Papa Gregorio VII habló de la caridad especial que los cristianos y los musulmanes se deben unos a otros, pues “nosotros creemos y confesamos un

solo Dios; aunque sea de modo diverso, cada día lo alabamos y veneramos como Creador de los siglos y gobernador de este mundo” (PL 148, 451).

La libertad de religión, garantizada institucionalmente y respetada efectivamente, tanto para las personas como para las comunidades, constituye para todos los creyentes la condición necesaria para poder dar su contribución leal a la edificación de la sociedad, con una actitud de auténtico servicio, especialmente con respecto a los más vulnerables y pobres.

Señor presidente, quiero terminar alabando a Dios todopoderoso y misericordioso por esta feliz ocasión, que nos permite encontrarnos juntos en su nombre. Oro para que este sea un signo de nuestro compromiso común en favor del diálogo entre cristianos y musulmanes, así como un estímulo a perseverar por este camino, con respeto y amistad.

Espero que lleguemos a conocernos mejor, fortaleciendo los vínculos de afecto entre nosotros, con el deseo común de convivir en armonía, en paz y con confianza mutua. Como creyentes, encontramos en la oración la fuerza necesaria para superar todo rastro de prejuicio y dar un testimonio común de nuestra firme fe en Dios.

¡Que su bendición esté siempre con nosotros! Gracias.

4. DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO EN ANKARA

Martes 28 de noviembre de 2006⁴

Excelencias; señoras y señores:

He preparado mi discurso en francés por ser la lengua de la diplomacia, y espero que se comprenda. Os saludo con gran alegría a vosotros que, como embajadores, cumplís la noble misión de representar a vuestros países en la República de Turquía y que de buen grado os habéis querido encontrar con el Sucesor de Pedro en esta nunciatura. Agra-

4 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- Web: <http://www.vatican.va/>.

dezcó a vuestro vicedecano, el señor embajador del Líbano, las amables palabras que me acaba de dirigir. Me complace confirmar la estima que la Santa Sede ha manifestado en numerosas ocasiones por vuestras elevadas funciones, que hoy asumen una dimensión cada vez más global.

En efecto, si vuestra misión os impulsa ante todo a proteger y promover los intereses legítimos de vuestras respectivas naciones, “la interdependencia ineludible que vincula cada vez más en nuestros días a todos los pueblos del mundo, invita a todos los diplomáticos a hacerse, con espíritu siempre renovado y original, los artífices del entendimiento entre los pueblos, de la seguridad internacional y de la paz entre las naciones” (Juan Pablo II, *Discurso al Cuerpo diplomático*, México, 26 de enero de 1979: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de febrero de 1979, p. 2).

En primer lugar deseo evocar ante vosotros el recuerdo de las memorables visitas a Turquía de mis dos predecesores, el Papa Pablo VI, en 1967, y el Papa Juan Pablo II, en 1979. Asimismo, no puedo menos de hacer memoria del Papa Benedicto XV, artífice incansable de la paz durante la primera guerra mundial, y del beato Juan XXIII, el Papa “amigo de los turcos”, que fue delegado apostólico en Turquía y luego administrador apostólico del vicariato latino de Estambul, dejando a todos el recuerdo de un pastor atento y lleno de caridad, deseoso en especial de encontrarse y conocer a la población turca, de la que era huésped agradecido. Por eso, me alegra estar hoy aquí como huésped de Turquía, a la que he llegado como amigo y apóstol del diálogo y de la paz.

Hace más de cuarenta años, el concilio Vaticano II afirmó que “la paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce sólo al establecimiento de un equilibrio de las fuerzas adversarias”, sino que “es el fruto del orden asignado a la sociedad humana por su divino Fundador y que los hombres, siempre sedientos de una justicia más perfecta, han de llevar a cabo” (*Gaudium et spes*, 78). En realidad, hemos aprendido que la verdadera paz requiere la justicia, para corregir las desigualdades económicas y los desórdenes políticos, que siempre son factores de tensiones y amenazas en toda la sociedad.

El desarrollo reciente del terrorismo y la evolución de ciertos conflictos regionales, por otra parte, han puesto de

manifiesto la necesidad de respetar las decisiones de las instituciones internacionales, más aún, de sostenerlas, dotándolas en particular de medios eficaces para prevenir los conflictos y para mantener, gracias a fuerzas de interposición, zonas de neutralidad entre los beligerantes.

Sin embargo, esto sigue siendo insuficiente si no se llega al verdadero diálogo, es decir, a la concertación entre las exigencias de las partes implicadas, con el fin de llegar a soluciones políticas aceptables y duraderas, que respeten a las personas y a los pueblos.

Pienso en particular en el conflicto de Oriente Próximo, que perdura de modo inquietante, gravando sobre toda la vida internacional, con el peligro de que se extiendan algunos conflictos periféricos y se difundan las acciones terroristas. Aprecio los esfuerzos de numerosos países que están comprometidos hoy en la reconstrucción de la paz en el Líbano, entre ellos Turquía.

Apelo una vez más, señoras y señores embajadores, a la vigilancia de la comunidad internacional para que no renuncie a su responsabilidad y realice todos los esfuerzos necesarios para promover, entre todas las partes implicadas, el diálogo, el único medio que permite asegurar el respeto a los demás, aun salvaguardando los intereses legítimos y rechazando el uso de la violencia.

Como escribí en mi primer Mensaje para la Jornada mundial de la paz, “la verdad de la paz llama a todos a cultivar relaciones fecundas y sinceras, estimula a buscar y recorrer el camino del perdón y la reconciliación, a ser transparentes en las negociaciones y fieles a la palabra dada” (*Mensaje para la Jornada de la paz del 1 de enero de 2006*, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de diciembre de 2005, p. 3).

Turquía, que desde siempre se encuentra en una situación de puente entre Oriente y Occidente, entre el continente asiático y el europeo, de encrucijada de culturas y religiones, se dotó en el siglo pasado de medios para convertirse en un gran país moderno, especialmente optando por un régimen de laicidad, distinguiendo claramente la sociedad civil y la religión, a fin de permitir que cada una sea autónoma en su ámbito propio, respetando siempre la esfera de la otra.

El hecho de que la mayoría de la población de este país sea musulmana constituye un elemento significativo en la vida de la sociedad, que el Estado no puede menos de tener en cuenta, pero la Constitución turca reconoce a cada ciudadano los derechos a la libertad de culto y a la libertad de conciencia. En todo país democrático corresponde a las autoridades civiles garantizar la libertad efectiva de todos los creyentes y permitirles organizar libremente la vida de su propia comunidad religiosa.

Como es obvio, deseo que los creyentes, independientemente de la comunidad religiosa a la que pertenezcan, sigan beneficiándose de esos derechos, con la certeza de que la libertad religiosa es una expresión fundamental de la libertad humana y de que la presencia activa de las religiones en la sociedad es un factor de progreso y de enriquecimiento para todos.

Desde luego, eso implica que las religiones, por su parte, no traten de ejercer directamente un poder político, pues no están llamadas a eso, y en especial que renuncien de modo absoluto a justificar el recurso a la violencia como expresión legítima de la práctica religiosa. A este respecto, saludo a la comunidad católica de este país, poco numerosa pero muy deseosa de participar del mejor modo posible en el desarrollo del país, especialmente a través de la educación de los jóvenes, y la edificación de la paz y la armonía entre todos los ciudadanos.

Como recordé recientemente, “necesitamos con urgencia un auténtico diálogo entre las religiones y entre las culturas, que pueda ayudarnos a superar juntos todas las tensiones con espíritu de colaboración fecunda” (*Discurso en el encuentro con los embajadores de los países musulmanes, Castelgandolfo, 25 de septiembre de 2006: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de septiembre de 2006, p. 3). Este diálogo debe permitir a las diversas religiones conocerse mejor y respetarse recíprocamente, con el fin de actuar cada vez más al servicio de las aspiraciones más nobles del hombre, que busca a Dios y la felicidad.

Por mi parte, deseo manifestar nuevamente durante este viaje a Turquía toda mi estima por los musulmanes, invitándolos a seguir comprometiéndose juntos, gracias al res-

peto recíproco, en favor de la dignidad de todo ser humano y del crecimiento de una sociedad donde la libertad personal y la atención al otro permitan a cada uno vivir en paz y serenidad. Así es como las religiones podrán poner lo que está de su parte para afrontar los numerosos desafíos que nuestras sociedades tienen planteados en el momento actual.

Seguramente el reconocimiento del papel positivo que desempeñan las religiones dentro del cuerpo social puede y debe impulsar a nuestras sociedades a profundizar cada vez más su conocimiento del hombre y a respetar cada vez mejor su dignidad, poniéndolo en el centro de la acción política, económica, cultural y social. Nuestro mundo debe tomar cada vez mayor conciencia de que todos los hombres son profundamente solidarios, invitándolos a considerar sus diferencias históricas y culturales no para enfrentarse sino para respetarse recíprocamente.

Como bien sabéis, la Iglesia ha recibido de su Fundador una misión espiritual; por eso, no quiere intervenir directamente en la vida política o económica. Sin embargo, a causa de su misión, y por su larga experiencia de la historia de las sociedades y de las culturas, desea que se escuche su voz en el concierto de las naciones, para que siempre se reconozca la dignidad fundamental del hombre, especialmente de los más débiles.

Ante el reciente desarrollo del fenómeno de la globalización de los intercambios, la Santa Sede espera que la comunidad internacional se organice ulteriormente, para establecer reglas que permitan gobernar mejor las evoluciones económicas, regular los mercados, como por ejemplo suscitando acuerdos regionales entre los países. Señoras y señores, no me cabe la menor duda de que vosotros, en vuestra misión de diplomáticos, deseáis que los intereses particulares de vuestro país se conjuguen con la necesidad de comprenderse unos a otros, para que así podáis contribuir en gran medida al servicio de todos.

La voz de la Iglesia en el ámbito diplomático se caracteriza siempre por la voluntad, contenida en el Evangelio, de servir a la causa del hombre; y yo no cumpliría este deber fundamental si no recordase delante de vosotros la necesidad de poner la dignidad humana cada vez más en el centro de

nuestras preocupaciones. El extraordinario desarrollo de las ciencias y la técnica que se ha logrado en el mundo de hoy, con las consecuencias casi inmediatas para la medicina, la agricultura y la producción de recursos alimentarios, pero también para la comunicación del saber, no debe buscarse sin finalidad y sin referencias, dado que se trata del nacimiento del hombre, de su educación, de su manera de vivir y de trabajar, de su vejez y de su muerte.

Es muy necesario volver a insertar el progreso de hoy en la continuidad de la historia humana y, por consiguiente, gestionarlo según el proyecto que habita en todos nosotros de hacer crecer a la humanidad y que el libro del Génesis expresaba a su modo: “Sed fecundos y multiplicaos; henchid la tierra y sometedla” (*Gn* 1, 28).

Por último, pensando en las comunidades cristianas primitivas que crecieron en esta tierra, y pensando de modo especial en el apóstol san Pablo, que fundó personalmente varias de ellas, permitidme citar sus palabras a los Gálatas: “Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros” (*Ga* 5, 13). La libertad implica servicio de unos a otros.

Ojalá que el entendimiento entre las naciones a las que vosotros respectivamente servís contribuya cada vez más a aumentar la humanidad del hombre, creado a imagen de Dios. Un objetivo tan noble requiere la colaboración de todos. Por esto la Iglesia católica quiere fortalecer la colaboración con la Iglesia ortodoxa y yo deseo vivamente que mi próximo encuentro con el Patriarca Bartolomé I en el Fanar ayude a ello de modo eficaz.

Como subrayó el concilio ecuménico Vaticano II, la Iglesia quiere también colaborar con los creyentes y los responsables de todas las religiones, y de modo especial con los musulmanes, para “defender y promover juntos, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad para todos los hombres” (*Nostra aetate*, 3). Espero que, desde esta perspectiva, mi viaje a Turquía dé muchos frutos.

Señoras y señores embajadores, invoco de todo corazón las bendiciones del Altísimo sobre vuestras personas, sobre vuestras familias y sobre vuestros colaboradores.

5. ENCUENTRO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI CON SU SANTIDAD BARTOLOMÉ I PATRIARCA ECUMÉNICO DE CONSTANTINOPLA

Iglesia patriarcal de San Jorge, en el Fanar

Miércoles 29 de noviembre de 2006⁵

DISCURSO DEL SANTO PADRE

“Ved: ¡qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!” (Sal 133, 1)

Santidad:

Le agradezco sinceramente la acogida fraterna que me ha brindado usted personalmente, así como el Santo Sínodo del Patriarcado ecuménico; conservaré para siempre con aprecio este recuerdo en mi corazón. Doy gracias al Señor por el don de este encuentro, lleno de auténtica buena voluntad y de significado eclesial.

Para mí es motivo de gran alegría estar entre vosotros, hermanos en Cristo, en esta iglesia catedral, mientras oramos juntos al Señor y evocamos los importantes acontecimientos que han sostenido nuestro compromiso de trabajar por la unidad plena entre católicos y ortodoxos.

Deseo, ante todo, recordar la valiente decisión de remover la memoria de los anatemas de 1054. La declaración común del Papa Pablo VI y del Patriarca Atenágoras, escrita con el espíritu de un amor redescubierto, fue leída solemnemente en una ceremonia que se celebró simultáneamente en la basílica de San Pedro, en Roma, y en esta catedral patriarcal. El *tomos* del patriarca se basaba en la profesión de fe de san Juan: “*Ho Theós agapé estín*” (1 Jn 4, 8), “*Deus caritas est*”. Con perfecta sintonía, el Papa Pablo VI comenzó su carta con la exhortación de san Pablo: “*Ambulate in dilectione*”, “*Vivid en el amor*” (Ef 5, 2). Sobre este fundamento de recíproco amor se han desarrollado nuevas relaciones entre las Iglesias de Roma y Constantinopla.

5 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- Web: <http://www.vatican.va/>.

Signos evidentes de este amor han sido numerosas declaraciones de compromiso común y muchos gestos llenos de significado. Tanto Pablo VI como Juan Pablo II fueron recibidos cordialmente como visitantes en esta iglesia de San Jorge y se asociaron respectivamente a los Patriarcas Atenágoras I y Dimitrios I para fortalecer el impulso hacia la comprensión recíproca y la búsqueda de la unidad plena. ¡Que sus nombres sean honrados y benditos!

Me alegro, además, de estar en esta tierra, tan íntimamente vinculada a la fe cristiana, en la que florecieron muchas Iglesias en los tiempos antiguos. Pienso en las exhortaciones de san Pedro a las comunidades cristianas primitivas establecidas “en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1 P 1, 1), y en la rica mies de mártires, de teólogos, de pastores, de monjes, y de hombres y mujeres santos que engendraron estas Iglesias a lo largo de los siglos.

Del mismo modo, recuerdo los insignes santos y pastores que velaron por la Sede de Constantinopla, entre los que se encuentran san Gregorio Nacianceno y san Juan Crisóstomo, venerados también en Occidente como doctores de la Iglesia. Sus reliquias se conservan en la basílica de San Pedro en el Vaticano y el recordado Papa Juan Pablo II entregó una parte de ellas a Vuestra Santidad como signo de comunión, para que fueran veneradas en esta catedral. Verdaderamente son dignos intercesores por nosotros ante el Señor.

En esta parte del mundo oriental se celebraron los siete concilios ecuménicos que ortodoxos y católicos reconocen como autorizados para la fe y la disciplina de la Iglesia. Constituyen piedras miliarenses permanentes y guías en el camino hacia la unidad plena.

Concluyo expresando una vez más mi alegría por encontrarme entre vosotros. Ojalá que este encuentro refuerce nuestro afecto mutuo y renueve nuestro compromiso común de perseverar en el itinerario que lleva a la reconciliación y a la paz de las Iglesias.

Os saludo en el amor de Cristo. El Señor esté siempre con vosotros.

6. SANTA MISA EN EL SANTUARIO DE LA CASA DE MARÍA EN ÉFESO

Miércoles 29 de noviembre de 2006⁶

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Queridos hermanos y hermanas:

En esta celebración eucarística queremos alabar al Señor por la divina maternidad de María, misterio que aquí, en Éfeso, en el concilio ecuménico del año 431, fue solemnemente confesado y proclamado. A este lugar, uno de los más amados por la comunidad cristiana, vinieron en peregrinación mis venerados predecesores los siervos de Dios Pablo VI y Juan Pablo II, el cual visitó este santuario el 30 de noviembre de 1979, después de poco más de un año del inicio de su pontificado.

Pero hay otro predecesor mío que estuvo en este país, no como Papa, sino como representante pontificio desde enero de 1935 hasta diciembre de 1944, y cuyo recuerdo suscita todavía mucha devoción y simpatía: el beato Juan XXIII, Angelo Roncalli. Sentía gran estima y admiración por el pueblo turco. A este respecto, me complace recordar una frase de su “Diario del alma”: “Amo a los turcos, aprecio las cualidades naturales de este pueblo, que tiene un puesto preparado en el camino de la civilización” (n. 741).

Además, dejó como don a la Iglesia y al mundo una actitud espiritual de optimismo cristiano, fundamentado en una fe profunda y en una constante unión con Dios. Animado por este espíritu, me dirijo a esta nación, y en particular al “pequeño rebaño” de Cristo, que vive en medio de ella, para alentarla y manifestarle la cercanía de toda la Iglesia.

Con gran afecto os saludo a todos vosotros, aquí presentes, fieles de Esmirna, Mersin, Iskenderun y Antakia, y a otros venidos de diversas partes del mundo, así como a los que no han podido participar en esta celebración, pero que están unidos espiritualmente a nosotros. Saludo en particular a monseñor Ruggero Franceschini, arzobispo de Esmirna; a monseñor Giuseppe Bernardini, arzobispo emérito de Esmir-

6 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- Web: <http://www.vatican.va/>.

na; a monseñor Luigi Padovese, a los sacerdotes y a las religiosas. Gracias por vuestra presencia, por vuestro testimonio y por vuestro servicio a la Iglesia en esta tierra bendita, en la que, en sus orígenes, la comunidad cristiana experimentó un gran desarrollo, como lo atestiguan también los numerosos peregrinos que vienen a Turquía.

Madre de Dios - Madre de la Iglesia

Hemos escuchado el pasaje del evangelio de san Juan que invita a contemplar el momento de la Redención, cuando María, unida al Hijo en el ofrecimiento del Sacrificio, extendió su maternidad a todos los hombres y, en particular, a los discípulos de Jesús.

El autor del cuarto Evangelio, san Juan, el único de los apóstoles que permaneció en el Gólgota junto a la Madre de Jesús y a otras mujeres, fue testigo privilegiado de ese acontecimiento. La maternidad de María, que comenzó con el *fiat* de Nazaret, culmina bajo la cruz. Si es verdad, como observa san Anselmo, que “desde el momento del *fiat* María comenzó a llevarnos a todos en su seno”, la vocación y misión materna de la Virgen con respecto a los creyentes en Cristo comenzó efectivamente cuando Cristo le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (*Jn* 19, 26).

Viendo desde lo alto de la cruz a su Madre y a su lado al discípulo amado, Cristo agonizante reconoció la primicia de la nueva familia que había venido a formar en el mundo, el germen de la Iglesia y de la nueva humanidad. Por eso, se dirigió a María llamándola “mujer” y no “madre”; término que sin embargo utilizó al encomendarla al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” (*Jn* 19, 27).

El Hijo de Dios cumplió así su misión: nacido de la Virgen para compartir en todo, excepto en el pecado, nuestra condición humana, en el momento de regresar al Padre dejó en el mundo el sacramento de la unidad del género humano (cf. *Lumen gentium*, 1): la familia “congregada por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (San Cipriano, *De Orat. Dom.* 23: *PL* 4, 536), cuyo núcleo primordial es precisamente este vínculo nuevo entre la Madre y el discípulo. De este modo, quedan unidas de manera indisoluble la *maternidad divina* y la *maternidad eclesial*.

Madre de Dios - Madre de la unidad

La primera lectura nos ha presentado lo que se puede definir como el “evangelio” del Apóstol de las gentes: todos, incluso los paganos, están llamados en Cristo a participar plenamente en el misterio de la salvación. En particular, el texto contiene la expresión que he escogido como lema de mi viaje apostólico: “Él, Cristo, es nuestra paz” (Ef 2, 14).

Inspirado por el Espíritu Santo, san Pablo no sólo afirma que Jesucristo nos ha traído la paz, sino también que él “es” nuestra paz. Y justifica esa afirmación refiriéndose al misterio de la cruz: al derramar “su sangre”, dice, ofreciendo en sacrificio “su carne”, Jesús destruyó la enemistad “para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo” (Ef 2, 14-16).

El Apóstol explica de qué forma, realmente imprevisible, la paz mesiánica se realizó en la persona misma de Cristo y en su misterio salvífico. Lo explica escribiendo, mientras se encuentra prisionero, a la comunidad cristiana que vivía aquí, en Éfeso: “a los santos que están en Éfeso, fieles en Cristo Jesús” (Ef 1, 1), como afirma al inicio de la carta. El Apóstol les desea “gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (Ef 1, 2).

“Gracia” es la fuerza que transforma al hombre y al mundo; “paz” es el fruto maduro de esta transformación. Cristo es la gracia, Cristo es la paz. San Pablo es consciente de haber sido enviado a anunciar un “misterio”, es decir, un designio divino que sólo se ha realizado y revelado en la plenitud de los tiempos en Cristo; es decir, “que los gentiles son coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio” (Ef 3, 6).

En el plan histórico-salvífico, este “misterio” se realiza “en la Iglesia”, el pueblo nuevo en el que judíos y paganos, destruido el viejo muro de separación, se vuelven a encontrar unidos. Como Cristo, la Iglesia no sólo es un *instrumento* de la unidad; también es un *signo eficaz*. Y la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia, es la *Madre* de ese *misterio de unidad* que Cristo y la Iglesia representan inseparablemente y construyen en el mundo y a lo largo de la historia.

Imploramos paz para Jerusalén y para todo el mundo

El Apóstol de los gentiles explica que Cristo es quien “de los dos pueblos hizo uno” (Ef 2, 14): esta afirmación se refiere

propiamente a la relación entre judíos y gentiles en orden al misterio de la salvación eterna; sin embargo, la afirmación puede ampliarse, por analogía, a las relaciones entre los pueblos y las civilizaciones presentes en el mundo. Cristo “vino a anunciar la paz” (Ef 2, 17), no sólo entre judíos y no judíos, sino también entre todas las naciones, porque todas proceden del mismo Dios, único Creador y Señor del universo.

Confortados por la palabra de Dios, desde aquí, desde Éfeso, ciudad bendecida por la presencia de María santísima –que, como sabemos, es amada y venerada también por los musulmanes–, *elevamos al Señor una oración especial por la paz entre los pueblos.*

Desde este extremo de la península de Anatolia, puente natural entre continentes, invocamos paz y reconciliación ante todo para quienes viven en la Tierra que llamamos “santa”, y que así es considerada por los cristianos, los judíos y los musulmanes: es la tierra de Abraham, de Isaac y de Jacob, destinada a albergar un pueblo que llegara a ser bendición para todas las naciones (cf. Gn 12, 1-3).

¡Paz para toda la humanidad! Ojalá que se cumpla pronto la profecía de Isaías: “De las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra” (Is 2, 4). Todos necesitamos esta paz universal; la Iglesia no sólo está llamada a anunciarla de modo profético; más aún, debe ser su “signo e instrumento”. Precisamente desde esta perspectiva universal de pacificación, se hace más profundo e intenso el anhelo hacia *la plena comunión y concordia entre todos los cristianos.*

En esta celebración se hallan presentes fieles católicos de varios ritos, y esto es motivo de alegría y alabanza a Dios. Esos ritos son expresión de la admirable variedad con la que está adornada la Esposa de Cristo, con tal de que converjan en la unidad y en el testimonio común. Para este fin debe ser ejemplar la unidad entre los Obispos en la Conferencia episcopal, en la comunión y compartiendo los esfuerzos pastorales.

Magnificat

La liturgia de hoy nos ha hecho repetir, como estribillo del salmo responsorial, el cántico de alabanza que la Virgen

de Nazaret proclamó en el encuentro con su anciana pariente Isabel (cf. *Lc* 1, 39). También han sido consoladoras para nuestro corazón las palabras del salmista: “La misericordia y la verdad se encuentran; la justicia y la paz se besan” (*Sal* 84, 11).

Queridos hermanos y hermanas, con esta visita he querido manifestar no sólo mi amor y mi cercanía espiritual, sino también los de la Iglesia universal, a la comunidad cristiana que aquí, en Turquía, es realmente una pequeña minoría y afronta cada día no pocos desafíos y dificultades.

Con firme confianza cantemos, junto con María, el “magnificat” de la alabanza y la acción de gracias a Dios, que mira la humildad de su sierva (cf. *Lc* 1, 47-48). Cantémoslo con alegría incluso cuando afrontamos dificultades y peligros, como lo atestigua el hermoso testimonio del sacerdote romano don Andrea Santoro, a quien me complace recordar también en nuestra celebración.

María nos enseña que la fuente de nuestra alegría y nuestro único apoyo firme es Cristo y nos repite sus palabras: “No tengáis miedo” (*Mc* 6, 50), “Yo estoy con vosotros” (*Mt* 28, 20). Y tú, Madre de la Iglesia, acompaña siempre nuestro camino. Santa María, Madre de Dios, ¡ruega por nosotros! “*Aziz Meryem Mesih'in Annesi bizim için Dua et*”. Amén.

7. DIVINA LITURGIA DE SAN JUAN CRISÓSTOMO EN LA FIESTA DE SAN ANDRÉS APÓSTOL

Iglesia patriarcal de San Jorge en el Fanar, Estambul

Jueves 30 de noviembre de 2006⁷

Discurso del Santo Padre

Esta Divina Liturgia celebrada en la fiesta de san Andrés apóstol, santo patrono de la Iglesia de Constantinopla, nos remonta a la Iglesia primitiva, a la época de los Apóstoles. Los evangelios de san Marcos y san Mateo narran cómo Jesús

7 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- Web: <http://www.vatican.va/>.

llamó a los dos hermanos, Simón, a quien Jesús dio el nombre de Cefas o Pedro, y Andrés: “Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres” (*Mt* 4, 19; *Mc* 1, 17). El cuarto evangelio, además, presenta a Andrés como el primer llamado, *ho protoklitos*, como es conocido en la tradición bizantina. Y es precisamente Andrés quien lleva a su hermano Simón a Jesús (cf. *Jn* 1, 40 ss).

Hoy, en esta iglesia patriarcal de San Jorge, podemos experimentar una vez más la comunión y la llamada de los dos hermanos, Simón Pedro y Andrés, en el encuentro entre el Sucesor de Pedro y su hermano en el ministerio episcopal, cabeza de esta Iglesia, fundada según la tradición por el apóstol Andrés. Nuestro encuentro fraternal pone de relieve la especial relación que une a las Iglesias de Roma y Constantinopla como Iglesias hermanas.

Con profunda alegría damos gracias a Dios porque da nueva vitalidad a la relación que se entabló desde el memorable encuentro celebrado en Jerusalén, en diciembre de 1964, entre nuestros antecesores el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras. Su intercambio epistolar, publicado en el volumen titulado *Tomos Agapis*, atestigua la profundidad de los vínculos que se desarrollaron entre ellos y que se reflejan en la relación existente entre las Iglesias hermanas de Roma y Constantinopla.

El 7 de diciembre de 1965, víspera de la sesión final del concilio Vaticano II, nuestros venerables antecesores dieron un nuevo paso, único e inolvidable, respectivamente en la iglesia patriarcal de San Jorge y en la basílica de San Pedro en el Vaticano: borrarón de la memoria de la Iglesia las trágicas excomuniones de 1054. De ese modo confirmaron un cambio decisivo en nuestras relaciones. Desde entonces, han sido muchos e importantes los avances registrados en el camino del nuevo acercamiento mutuo. Recuerdo, en particular, la visita de mi predecesor el Papa Juan Pablo II a Constantinopla en 1979 y las visitas a Roma del Patriarca ecuménico Bartolomé I.

Con este mismo espíritu, mi presencia hoy aquí pretende renovar nuestro compromiso común de continuar por el camino que lleva al restablecimiento, con la gracia de Dios, de la comunión plena entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de

Constantinopla. Puedo aseguraros que la Iglesia católica está dispuesta a hacer todo lo posible para superar los obstáculos y para buscar, junto con nuestros hermanos y hermanas ortodoxos, medios de colaboración pastoral cada vez más eficaces con ese fin.

Los dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, eran pescadores, a los que Jesús llamó a convertirse en pescadores de hombres. El Señor resucitado, antes de su Ascensión, los envió juntamente con los demás Apóstoles con la misión de hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolas y proclamando sus enseñanzas (cf. *Mt* 28, 19 ss; *Lc* 24, 47; *Hch* 1, 8).

Este encargo que nos dejaron los santos hermanos Pedro y Andrés dista mucho de estar cumplido.

Al contrario, resulta hoy más urgente y necesario que nunca, ya que no se dirige tan sólo a las culturas marginalmente alcanzadas por el mensaje del Evangelio, sino también a las culturas europeas profundamente arraigadas desde hace siglos en la tradición cristiana. El proceso de secularización ha debilitado el arraigo de esta tradición, más aún, es puesta en tela de juicio e incluso rechazada. Ante esta realidad, estamos llamados, juntamente con todas las demás comunidades cristianas, a hacer que Europa vuelva a tomar conciencia de sus raíces, tradiciones y valores cristianos, dándoles una nueva vitalidad.

Nuestros esfuerzos encaminados a construir vínculos más estrechos entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas forman parte de esta tarea misionera. Las divisiones existentes entre los cristianos son motivo de escándalo para el mundo y constituyen un obstáculo para el anuncio del Evangelio. En la víspera de su pasión y muerte, el Señor, rodeado de sus discípulos, oró con fervor para que fueran uno, y así el mundo crea (cf. *Jn* 17, 21). Sólo a través de la comunión fraterna entre los cristianos y a través de su amor recíproco resultará creíble el mensaje del amor de Dios por todo hombre y mujer. Cualquiera que examine de manera realista el mundo cristiano actual comprobará la urgencia de este testimonio.

Simón Pedro y Andrés fueron llamados juntos a ser pescadores de hombres. Pero esa misma misión tomó formas distintas para cada uno de los dos hermanos. Simón, a pesar de su fragilidad personal, fue llamado “Pedro”, la “roca” sobre

la que la Iglesia se edificaría; a él en particular se le encomendaron las llaves del reino de los cielos (cf. *Mt* 16, 18). Su itinerario lo llevaría de Jerusalén a Antioquía, y de Antioquía a Roma, para que en esa ciudad pudiera ejercer una responsabilidad universal. Por desgracia, la cuestión del servicio universal de Pedro y de sus Sucesores ha dado lugar a nuestras diferencias de opinión, que esperamos superar, también gracias al diálogo teológico recientemente reanudado.

Mi venerado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II habló de la misericordia que caracteriza el servicio a la unidad de Pedro, una misericordia que Pedro mismo fue el primero en experimentar (cf. *Ut unum sint*, 91). Partiendo de esta base, el Papa Juan Pablo II invitó a entablar un diálogo fraterno con el fin de encontrar formas de ejercer el ministerio petrino hoy, respetando su naturaleza y esencia, de manera que “pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por unos y otros” (*ib.*, 95). Hoy deseo recordar y renovar esa invitación.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, recibió otra misión del Señor; una misión a la que su propio nombre alude. Dado que hablaba griego, se convirtió, junto con Felipe, en el Apóstol del encuentro con los griegos que acudían a Jesús (cf. *Jn* 12, 20 ss). La tradición nos dice que no sólo fue misionero en Asia menor y en los territorios al sur del Mar Negro, es decir, en esta misma región en la que nos encontramos, sino también en Grecia, donde sufrió el martirio.

Por tanto, el apóstol Andrés representa el encuentro entre la cristiandad primitiva y la cultura griega. Este encuentro fue posible, especialmente en Asia menor, sobre todo gracias a los Padres capadocios, que enriquecieron la liturgia, la teología y la espiritualidad tanto de las Iglesias orientales como de las occidentales. El mensaje cristiano, como el grano de trigo (cf. *Jn* 12, 24), cayó en esta tierra y produjo fruto abundante. Debemos estar profundamente agradecidos por la herencia que hemos recibido del fecundo encuentro entre el mensaje cristiano y la cultura griega. Ese encuentro ha influido de forma duradera en las Iglesias de Oriente y de Occidente. Los Padres griegos nos han dejado un valioso tesoro, del que la Iglesia sigue sacando riquezas antiguas y nuevas (cf. *Mt* 13, 52).

También en la vida de san Andrés se puede constatar la lección del grano de trigo que muere para dar fruto. Según la tradición, siguió el mismo destino de su Señor y Maestro, terminando sus días en Patras (Grecia). Al igual que Pedro, sufrió el martirio en una cruz, la cruz diagonal que veneramos hoy precisamente como cruz de san Andrés. De su ejemplo aprendemos que el itinerario de cada cristiano, al igual que el de toda la Iglesia, lleva a la vida nueva, a la vida eterna, a través de la imitación de Cristo y la experiencia de la cruz.

A lo largo de la historia, tanto la Iglesia de Roma como la de Constantinopla han experimentado con frecuencia la lección del grano de trigo. Juntos veneramos a muchos de los mismos mártires cuya sangre, según las célebres palabras de Tertuliano, se convirtió en semilla de nuevos cristianos (cf. *Apologeticum*, 50, 13). Con ellos compartimos la misma esperanza que obliga a la Iglesia a ir “peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (*Lumen gentium*, 8; cf. san Agustín, *De Civitate Dei*, XVIII, 51, 2). Por su parte, también el siglo recién concluido contó con testigos valientes de la fe, tanto en Oriente como en Occidente. Incluso en la actualidad hay muchos testigos como ellos en diferentes regiones del mundo. Los recordamos en nuestra oración y les brindamos todo el apoyo que podemos, mientras pedimos apremiantemente a todos los líderes del mundo que se respete la libertad religiosa como derecho humano fundamental.

La Divina Liturgia en la que hemos participado se ha celebrado según el rito de san Juan Crisóstomo. La cruz y la resurrección de Cristo se han hecho místicamente presentes. Para nosotros, los cristianos, esto es fuente y signo de una esperanza constantemente renovada. Esta esperanza se encuentra magníficamente expresada en el antiguo texto conocido como *Pasión de San Andrés*: “Te saludo, oh cruz, consagrada por el Cuerpo de Cristo y adornada con sus miembros como piedras preciosas (...) Que los fieles conozcan tu alegría y los dones que atesoras...”.

Todos nosotros, ortodoxos y católicos, compartimos esta fe en la muerte redentora de Jesús en la cruz y esta esperanza que el Señor resucitado infunde a toda la familia humana. Que nuestra oración y actividad diarias se inspiren en el deseo ardiente no sólo de asistir a la Divina Liturgia, sino

de poder celebrarla juntos, para participar en la única mesa del Señor; compartiendo el mismo pan y el mismo cáliz. Que nuestro encuentro de hoy sirva de estímulo y anticipación gozosa del don de la comunión plena. Y que el Espíritu de Dios nos acompañe en nuestro camino.

8. HOMILIA DE SU SANTIDAD EL PATRIARCA ECUMÉNICO BARTOLOMÉ DURANTE LA DIVINA LITURGIA DE LA FIESTA DEL APÓSTOL ANDRÉS EN EL AGUSTO TEMPLO PATRIARCAL

Estambul, 30-11-06⁸

Por la Gracia de Dios, hemos sido bendecidos, Santísimo, a fin de acceder a la alegría del celestial Dominio para *contemplar la luz verdadera y de recibir el Espíritu Celestial*". Cada celebración de la Divina Liturgia es una dinámica e inspirada co-liturgia del cielo y la historia. Cada Divina Liturgia es, a la misma vez, una anámnesis del pasado y esperanza del Reino. Estamos convencidos de que durante esta Divina Liturgia una vez más nos trasladamos espiritualmente hacia tres dimensiones: hacia el Reino de los cielos, donde celebran los ángeles; hacia la celebración de la Liturgia a través de los siglos; y hacia el esperado y por venir Reino de Dios.

Esta maravillosa conexión de los cielos con la historia manifiesta que la Liturgia ortodoxa es la vivencia mística y el profundo convencimiento de que *Cristo entre nosotros, estuvo, está y estará*, pues en Cristo existe una profunda relación entre el pasado, el presente y el futuro. De esta manera, la Liturgia es algo más que el mero recuerdo de palabras y acciones de Cristo. Es la realización de la presencia real de éste mismísimo Cristo, el cual prometió que estará siempre en donde se reúnan dos o tres en su nombre.

Al mismo tiempo reconocemos que el Canon de la plegaria es el Canon de la Fe (*Lex orandi, Lex credendi*), y que la enseñanza sobre la persona misma de Cristo y sobre la Santa Trinidad ha dejado marcas indelebles en la Liturgia, la cual se constituye dogma inescrutable, "*revelado a nosotros en el misterio*", de acuerdo a la tan precisa expresión de

8 Web del Patriarcado ecuménico: <http://www.patriarchate.org/>.

San Basilio el Grande. Por ello, la Liturgia nos recuerda la necesidad de que lleguemos a la unidad, tanto de la fe, como de la plegaria. Por lo que, inclinamos nuestras rodillas en arrepentimiento y *metanoia* ante el Dios Vivo, nuestro Señor Jesucristo, del cual el santísimo nombre llevamos, y del cual la túnica sin costuras hemos rasgado. Confesamos con gran tristeza que no podemos todavía celebrar los sacros misterios unidos y oramos por el día, en el cual se ha de realizar plenamente esta unión misteriosa.

No obstante, Santísimo y hermanos amados en Cristo, esta liturgia del cielo y de la tierra, de la eternidad y del tiempo, nos acerca mutuamente por las bendiciones de la presencia, conjuntamente con todos los santos, de los predecesores de nuestra humildad, San Gregorio el Teólogo y de San Juan Crisóstomo. Es una bendición para nosotros venerar las sacras reliquias de estos dos gigantes espirituales, habiéndolas recolocado solemnemente en este agosto templo hace dos años atrás, cuando aquellas nos fueran restituidas de buen grado por el Bienaventurado Papa Juan Pablo II. Exactamente como entonces durante la Fiesta del Trono recibimos con honores y colocamos sus sacras reliquias sobre el trono patriarcal cantando *he aquí Vuestro Trono, oh Santos*, asimismo también hoy nos hemos reunimos en su viva presencia y su eterna memoria, celebrando la Liturgia atribuida en honor a San Juan Crisóstomo.

De esta manera, nuestra celebración se identifica con aquella alegre celebración en los cielos y a través de toda la historia. Efectivamente, como San Juan Crisóstomo escribe “*común festival se realiza de los celestiales y de los mortales; una eucaristía, un júbilo, un alegre coro*”. (PG 56, 97). El cielo y la tierra ofrecen **una** plegaria, **una** fiesta, **una** glorificación. La Divina Liturgia es contemporáneamente el Reino celestial y nuestro hogar, “*cielos nuevos y tierra nueva*” (Apoc. 21, 1), la base y el centro en donde todas las cosas encuentran su verdadero sentido. La Divina Liturgia nos enseña a expandir nuestros horizontes y nuestras propias perspectivas, a hablar el lenguaje del amor y de la comunión, pero también que debemos coexistir en el amor del otro a pesar de todas nuestras diferencias y todavía de nuestras divisiones. En su amplio abrazo es comprendido todo el mundo, la comunión de los santos y toda la creación de Dios. Todo el universo se

hace una “*liturgia cósmica*”, para así recordar la enseñanza de San Máximo el Confesor. La Liturgia de esta clase, pues, nunca envejece o ni se desactualiza.

En la multitud de los celestiales bienes y de la filantrópica misericordia de Dios sólo una puede ser nuestra respuesta: el agradecimiento. Efectivamente, eucaristía y doxología son la única respuesta correspondiente de los hombres hacia su Creador. Pues a Él se debe toda gloria, honor y prosternación, al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Acción de gracias ferviente y particular emana de nuestros corazones hacia el Dios filántropo, pues hoy, en la festividad de la memoria del Apóstol fundador y Patrono de nuestra Iglesia, durante la celebración de la liturgia se encuentra presente nuestro Santísimo hermano, el Obispo de la antigua Roma, Benedicto XVI, con su honorable séquito. Saludamos, pues, en agradecimiento, esta presencia como una bendición de Dios y también como una expresión y demostración de la común voluntad de que sigamos incommoviblemente, en espíritu de amor y de fidelidad hacia la verdad del Evangelio y de la común tradición de nuestros Padres, la dirección hacia la reconstitución de la plena comunión de nuestras Iglesias, lo cual constituye su voluntad y su mandato. Así sea.

9. DECLARACIÓN COMÚN DEL PAPA BENEDICTO XVI Y DEL PATRIARCA ECUMÉNICO BARTOLOMÉ I

*“Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo” (Sal 117, 24)*⁹

El encuentro fraterno que hemos mantenido, nosotros, Benedicto XVI, Papa de Roma, y Bartolomé I, Patriarca ecuménico, es obra de Dios y, además, un don que procede de él. Damos gracias al Autor de todo bien por habernos permitido expresar una vez más, en la oración y el diálogo, la alegría de sentirnos hermanos y renovar nuestro compromiso con vistas a la comunión plena. Este compromiso proviene de la volun-

9 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- <http://www.vatican.va/>.

tad de nuestro Señor y de nuestra responsabilidad de pastores en la Iglesia de Cristo. Quiera Dios que este encuentro sea para nosotros signo y estímulo para compartir los mismos sentimientos y las mismas actitudes de fraternidad, cooperación y comunión en la caridad y en la verdad. El Espíritu Santo nos ayudará a preparar el gran día del restablecimiento de la unidad plena, cuando y como Dios lo quiera. Entonces podremos alegrarnos y regocijarnos plenamente.

1. Hemos recordado con gratitud los encuentros de nuestros venerados predecesores, bendecidos por Dios, los cuales mostraron al mundo la urgencia de la unidad y trazaron senderos seguros para llegar a ella con el diálogo, la oración y la vida eclesial cotidiana. El Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I, peregrinos en Jerusalén, en el lugar mismo donde Jesucristo murió y resucitó para la salvación del mundo, se encontraron después de nuevo aquí, en el Fanar, y en Roma. Nos legaron una declaración común que conserva todo su valor, destacando que el verdadero diálogo de la caridad debe sostener e inspirar todas las relaciones entre las personas y entre las Iglesias mismas, “debe basarse en una fidelidad plena al único Señor Jesucristo y en un respeto mutuo de sus respectivas tradiciones” (*Tomos Agapis*, 195). Tampoco hemos olvidado el intercambio de visitas entre Su Santidad el Papa Juan Pablo II y Su Santidad el Patriarca Dimitrios I. Precisamente durante la visita del Papa Juan Pablo II, su primera visita ecuménica, se anunció la creación de la Comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia católica romana y la Iglesia ortodoxa. En ella participan nuestras Iglesias con la finalidad declarada de restablecer la comunión plena.

Por lo que respecta a las relaciones entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla, no podemos olvidar el solemne acto oficial con el que se relegó al olvido los antiguos anatemas, que durante siglos han influido negativamente en las relaciones entre nuestras Iglesias. No hemos sacado aún de este acto todas las consecuencias positivas que se pueden derivar para nuestro camino hacia la unidad plena, al que la Comisión mixta está llamada a dar una importante aportación. Exhortamos a nuestros fieles a participar activamente en este proceso con la oración y con gestos significativos.

2. Durante la sesión plenaria de la Comisión mixta para el diálogo teológico, que tuvo lugar recientemente en Bel-

grado y que contó con la generosa hospitalidad de la Iglesia ortodoxa serbia, expresamos nuestra profunda alegría por la reanudación del diálogo teológico. Después de una interrupción de varios años debida a diversas dificultades, la Comisión ha podido trabajar nuevamente con espíritu de amistad y de cooperación. Examinando el tema “Conciliaridad y autoridad en la Iglesia” en el ámbito local, regional y universal, ha emprendido una fase de estudio sobre las consecuencias eclesiológicas y canónicas de la naturaleza sacramental de la Iglesia. Eso permitirá afrontar algunas de las principales cuestiones todavía controvertidas. Estamos decididos a apoyar incesantemente, como en el pasado, el trabajo encomendado a esta Comisión y acompañamos a sus miembros con nuestras oraciones.

3. Como pastores, hemos reflexionado ante todo sobre la misión de anunciar el Evangelio en el mundo de hoy. Esta misión, “Id pues y haced discípulos a todas las gentes” (*Mt* 28, 19), es más actual y necesaria que nunca, incluso en los países tradicionalmente cristianos. Además, no podemos ignorar el aumento de la secularización, del relativismo, incluso del nihilismo, sobre todo en el mundo occidental. Todo esto exige un renovado y vigoroso anuncio del Evangelio, adaptado a las culturas de nuestro tiempo. Nuestras tradiciones son para nosotros un patrimonio que debemos compartir, promover y actualizar continuamente. Por ello debemos fortalecer la cooperación y nuestro testimonio común ante todas las naciones.

4. Hemos valorado positivamente el camino hacia la formación de la Unión Europea. Los promotores de esta gran iniciativa han de tener en cuenta todos los aspectos que afectan a la persona humana y a sus derechos inalienables, especialmente la libertad religiosa, testigo y garante del respeto de todas las demás libertades. En toda iniciativa de unificación es necesario proteger a las minorías con sus propias tradiciones culturales y sus peculiaridades religiosas. En Europa, manteniéndonos abiertos a las demás religiones y a su aportación a la cultura, debemos unir nuestros esfuerzos para preservar las raíces, las tradiciones y los valores cristianos, con el fin de garantizar el respeto de la historia y contribuir a la cultura de la Europa futura, a la calidad de las relaciones humanas en todos los aspectos. En este contexto, no pode-

mos dejar de evocar los antiquísimos testimonios y el ilustre patrimonio cristiano de la tierra donde tiene lugar nuestro encuentro, comenzando por las palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles que recuerdan la figura de san Pablo, el Apóstol de los gentiles. En esta tierra se fundieron el mensaje del Evangelio y la antigua tradición cultural. Este vínculo, que tanto ha contribuido a nuestra herencia cristiana común, sigue siendo actual y continuará dando frutos en el futuro para la evangelización y para nuestra unidad.

5. Hemos dirigido nuestra mirada a los lugares del mundo actual donde viven cristianos, y a las dificultades que deben afrontar, especialmente la pobreza, las guerras y el terrorismo, pero también las diversas formas de explotación de los pobres, de los emigrantes, de las mujeres y de los niños. Estamos llamados a emprender juntos acciones en favor del respeto de los derechos del hombre, de todo ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, así como en favor de su desarrollo económico, social y cultural. Nuestras tradiciones teológicas y éticas pueden ofrecer una base sólida a la predicación y la acción comunes. Ante todo deseamos afirmar que matar a personas inocentes en nombre de Dios es una ofensa contra él y contra la dignidad humana. Todos debemos comprometernos en un renovado servicio al hombre y en la defensa de la vida humana, de toda vida humana.

Nos preocupa mucho la paz en Oriente Próximo, donde nuestro Señor vivió, sufrió, murió y resucitó, y donde viven desde hace muchos siglos multitud de hermanos cristianos. Deseamos ardientemente que se restablezca la paz en esa tierra, que se fortalezca la convivencia cordial entre sus diversas poblaciones, entre las Iglesias, y entre las diferentes religiones que allí se encuentran. Para ello impulsamos el desarrollo de relaciones más estrechas entre los cristianos y un diálogo interreligioso auténtico y leal, para luchar contra toda forma de violencia y discriminación.

6. En la actualidad, ante los grandes peligros para el medio ambiente, queremos expresar nuestra preocupación por las consecuencias negativas para la humanidad y para toda la creación que pueden derivarse de un progreso económico y tecnológico que no reconoce sus límites. Como líderes religiosos, consideramos que uno de nuestros deberes consiste en estimular y sostener todos los esfuerzos que se han reali-

zado para proteger la creación de Dios y para entregar a las futuras generaciones una tierra en la que puedan vivir.

7. Por último, nuestro pensamiento se dirige a todos vosotros, fieles de nuestras Iglesias en todo el mundo, obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, hombres y mujeres laicos comprometidos en un servicio eclesial, y a todos los bautizados. Saludamos en Cristo a los demás cristianos, asegurándoles nuestra oración y nuestra disposición para el diálogo y la colaboración.

Os saludamos a todos con las palabras del Apóstol de los gentiles: “A vosotros gracia y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo” (2 Co 1, 2).

El Fanar, 30 de noviembre de 2006

BENEDICTO XVI

BARTOLOMÉ I

10. BARTOLOMÉ I: UNA VISITA HISTÓRICA PARA EL CAMINO ECUMÉNICO

El patriarca anuncia que ha presentado una propuesta sorpresa al Papa

ESTAMBUL, viernes, 1 diciembre de 2006.- La visita de Benedicto XVI al Patriarcado Ecuménico de Constantinopla «tiene un valor incalculable en el proceso de reconciliación», considera Su Beatitud Bartolomé I¹⁰.

En esta entrevista concedida al diario católico italiano «Avvenire», el Patriarca anuncia que ha hecho una propuesta sorpresa de carácter ecuménico que el Papa ha acogido positivamente y sobre la que debería dar una respuesta oficial.

– ¿Qué nos puede decir de esta jornada?

– Bartolomé I: Ante todo, tengo que afirmar que doy verdaderamente las gracias a Su Santidad por la visita que ha querido hacernos en el día de la fiesta de san Andrés. Es un

10 Código: ZS06120103.- Fecha publicación: 2006-12-01.- Web: <http://www.zenit.org/spanish/>.

paso adelante verdaderamente muy significativo en nuestras relaciones, y realizado en el marco de un viaje que ha dado, en su conjunto, una contribución que me parece verdaderamente importante al diálogo interreligioso.

- Usted y el Papa se han visto cara a cara en varios momentos lejos de las cámaras y de los periodistas. ¿Qué se han dicho?

- Bartolomé I: Su Santidad mostró su benevolencia hacia el patriarcado y hacia sus problemas, por este motivo le estamos verdaderamente agradecidos. Ha sido una oportunidad para conocernos todavía mejor, también con los cardenales de su séquito, con quienes me parece que hemos hecho una buena amistad, y esto también me parece muy importante.

Verdaderamente se puede decir que este jueves vivimos una jornada histórica, bajo muchos aspectos. Histórica para el diálogo ecuménico y, como vimos por la tarde, histórica para la relación entre las culturas y las religiones. Y, obviamente, por todo esto, es también histórica para nuestro país.

- Los discursos y la declaración común que habéis firmado son «elevados» y comprometedores. ¿Han hablado también del futuro?

- Bartolomé I: En este sentido puedo decir que he hablado con Su Santidad de algo, algo que podríamos hacer. Le he presentado una propuesta que ahora no puedo anticipar, pues esperamos una respuesta oficial; pero puedo decir que Su Santidad se ha mostrado muy interesado y que la ha acogido favorablemente.

Esperamos que pueda realizarse pues se mueve en dirección de ese progreso ecuménico que, como hemos afirmado y escrito en la declaración común, ambos estamos determinados a perseguir.

- ¿Por qué tienen esta determinación?

- Bartolomé I: La unidad es una responsabilidad preciosa, pero al mismo tiempo una responsabilidad difícil que hay que asumir si no es compartida entre los hermanos. La historia del último milenio es un doloroso «recuerdo» de esta realidad. Estamos profundamente convencidos de que la visita de Benedicto XVI tiene un valor incalculable en este proceso de

reconciliación, pues además ha tenido lugar en un momento tan difícil y en circunstancias muy delicadas. Sin duda, con la ayuda de Dios nos ofrece la oportunidad para dar un paso adelante beneficioso en el proceso de reconciliación entre nuestras Iglesias. Y quizá, con la ayuda de Dios, nos ofrecerá la oportunidad para superar algunas de las barreras de incomprensión entre los creyentes de diferentes religiones, en particular entre cristianos y musulmanes.

– Usted antes mencionó también la importancia de todo esto para Turquía. ¿Por qué?

– Bartolomé I: Al encontrarse en el cruce entre Europa y Asia, esta ciudad y esta Iglesia detentan una posición verdaderamente única para favorecer un encuentro entre las civilizaciones modernas. Estambul, en cierto sentido, es el lugar perfecto para convertirse en un centro permanente de diálogo entre los diferentes credos y culturas.

11. BENEDICTO XVI: AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de diciembre de 2006¹¹

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias al Señor por mi reciente viaje a Turquía, durante el cual me sostuvieron vuestras oraciones. Allí he insistido en la importancia del compromiso de los cristianos y musulmanes por la causa del hombre, de la vida, de la paz y de la justicia.

En el ámbito del diálogo interreligioso, al visitar la Mezquita Azul de Estambul, en silencio me he dirigido al único Señor, Padre misericordioso de toda la humanidad. Los encuentros ecuménicos han servido para consolidar las relaciones fraternas con los ortodoxos. En este sentido, he firmado con el Patriarca Ecuménico Bartolomé I una “Declaración conjunta”. Asimismo me he reunido con la comunidad católica en la Casa de María, santuario tan querido también por los

11 © Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana.- Web: <http://www.vatican.va/>.

musulmanes, que acuden a venerar a la que llaman “*Meryem Ana*”, la Madre María.

He vuelto lleno de gratitud y afecto por los habitantes de aquella amada nación, así como por todos los musulmanes y la civilización islámica. Que Dios omnipotente y misericordioso ayude al pueblo turco, a sus gobernantes y representantes de las diversas religiones, a construir un futuro de paz, para que Turquía pueda ser un puente de amistad y colaboración fraterna entre Occidente y Oriente.

* * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, especialmente a las religiosas de María Inmaculada, a los numerosos fieles de distintas parroquias, cofradías y colegios de España, así como a los de América Latina. Pidamos al Espíritu Santo que haga fecundo este viaje apostólico y aliente la misión de la Iglesia, instituida por Cristo para anunciar a todos los pueblos el Evangelio de la verdad, de la paz y del amor.

